

# Agricultura del conocimiento

Joaquín Olona Blasco.

Decano del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Aragón, Navarra y País Vasco

Sabemos que la recuperación del bienestar perdido con la crisis depende de nuestra incorporación a la economía del conocimiento. Porque la creación del empleo de calidad depende de la generación de conocimientos y de su transformación en productos y servicios útiles. Se trata de un difícil reto que requiere tiempo, acierto e inversión. Porque cualquier gasto en investigación no se traduce necesariamente en innovación, ni ésta en bienestar.

La generación de conocimientos agrícolas y su conversión en producciones mejor adaptadas al clima, más resistentes a la sequía, a las plagas y enfermedades, de mayor valor añadido, más eficientes en el uso de recursos, etc. son imprescindibles para atender la creciente demanda de mejores alimentos y más asequibles sin arruinar a los agricultores. Pero también es una oportunidad para el desarrollo de esa economía del conocimiento que exige el bienestar social. La agricultura aragonesa no cubre

la demanda actual de trigo y maíz de la industria local. El porcino, de gran importancia económica, no es objeto de investigación en Aragón. El Campus de Aula-Dei está dejando de ser el referente que fue por sus aportaciones de gran impacto como la cebada Albacete, de la que llegaron a sembrarse más de 1 millón de hectáreas, o las modernas variedades de almendro de floración tardía ya extendidas por toda España. La excelencia que proclama la universidad no se traduce en tecnología que el avanzado complejo agroalimentario del Valle del Ebro debe importar, restándonos valor añadido y favoreciendo la economía del conocimiento de otros países pero no del nuestro. La burocratización sufrida por la administración agraria, fruto de la PAC, amenaza su propia razón de ser. El enfoque vigente de la ayuda agrícola priva al sector de los recursos e incentivos necesarios para la inversión e innovación requeridas. Un enfoque que tampoco se demuestra eficaz

para mejorar la productividad laboral de la que depende el bienestar.

Urge disponer de un sistema regional de investigación y transferencia agroalimentaria centrado en los problemas reales del campo y de la industria. Como nadie tiene el monopolio de las buenas ideas, tampoco las universidades y centros de investigación, hacen falta nuevas fórmulas de cooperación que superen los compartimentos, protagonismos y mezquindades habituales. Sobra burocracia y no hacen falta las estructuras público-políticas que compiten deslealmente con las empresas de verdad y con la propia Administración. El fragmentado y atomizado sector agroalimentario debe afrontar sus retos, también el del conocimiento y la innovación, activando la cooperación entre sus actores; no sólo entre los agricultores sino entre todos los eslabones de la cadena. Sólo hace falta que dejemos de quejarnos y nos pongamos a hacerlo aportando cada cual lo que nos corresponde ■